

Capítulo

1

El bar de los vampiros de Shreveport abriría más tarde esa noche. Llegaba con retraso, así que me dirigí directamente a la entrada principal, la de acceso al público, sólo para toparme con un letrero escrito a mano, en caracteres góticos rojos sobre cartulina blanca, que rezaba: «Estaremos listos para darles la bienvenida con un mordisco a las ocho. Rogamos disculpen las molestias por el retraso». Lo firmaba «El personal de Fangtasia».

Corría la tercera semana de septiembre, por lo que el cartel rojo de neón del Fangtasia ya estaba encendido. El cielo era prácticamente un pozo de oscuridad. Permanecí con un pie en el interior de mi coche durante un instante, disfrutando de la templada noche y el leve y seco olor a vampiro que flotaba alrededor del club. Entonces conduje hacia la parte trasera y aparqué junto a varios coches que estaban cerca de la entrada de empleados. Apenas llegaba cinco minutos tarde, pero al parecer todo el mundo había acudido antes a la reunión. Llamé a la puerta. Aguardé.

Levanté la mano para volver a llamar cuando Pam, la lugarteniente de Eric, abrió. Pam trabajaba principalmente en el bar, aunque cumplía con otros cometidos dentro de los diversos negocios que Eric llevaba entre manos. A pesar de que los vampiros habían salido a la luz pública hacía cinco años y que habían mostrado la mejor de sus caras, seguían siendo muy reservados en

cuanto a sus métodos de ganar dinero, y no eran pocas las veces que me preguntaba qué porción de Estados Unidos era propiedad de los no muertos. Eric, propietario del Fangtasia, era todo un vampiro en cuanto a guardarse sus propias cosas. Claro que no le había quedado otro remedio durante su larga, larga existencia.

—Pasa, telépata mía —invitó Pam, haciendo un gesto exagerado. Iba con su uniforme del trabajo: el largo y vaporoso vestido negro que todos los turistas que pasaban por el bar esperaban ver en una vampira (cuando Pam lucía su propia ropa, era más de colores pastel y pulóveres a juego con cárdigan). Tenía el pelo más liso y rubio que había visto nunca; de hecho, era etéreamente adorable, con cierto matiz de peligro mortal. Y era ese matiz el que a nadie convenía olvidar.

—¿Qué tal? —pregunté cortésmente.

—Excepcionalmente bien —admitió—. Eric está pletórico.

Eric Northman, sheriff vampiro de la Zona Cinco, había convertido a Pam en vampira, quien estaba obligada, y naturalmente impulsada, a hacer lo que él le mandara. Eso formaba parte del rollo de convertirse en no muerto: tu creador siempre goza de poder sobre ti. Pero Pam me había dicho más de una vez que Eric era un buen jefe, y que la dejaría marchar libremente si eso era lo que ella quería. De hecho, Pam había estado viviendo en Minnesota hasta que Eric compró el Fangtasia y la llamó para que le ayudara a llevarlo.

La Zona Cinco comprendía la mayor parte del noroeste de Luisiana, que, hasta hacía un mes, había sido la mitad más pobre del Estado. Desde el huracán Katrina, el equilibrio de poder en Luisiana había cambiado drásticamente, sobre todo en la comunidad vampírica.

—¿Qué tal está ese delicioso hermano tuyo, Sookie? ¿Y tu jefe cambiante? —preguntó Pam.

—Mi delicioso hermano empieza a hablar de boda, como todo el mundo en Bon Temps —respondí.

—Pareces un poco deprimida. —Ladeó la cabeza y me miró como un gorrión observa a un gusano.

—Bueno, puede que un poquito —admití.

—Tienes que mantenerte ocupada —dijo Pam—. Así no tendrás tiempo para lamentarte.

Pam adoraba *Dear Abby*. No eran pocos los vampiros que leían la columna a diario. Las soluciones que aportaba a algunos de los problemas de los que consultaban daban ganas de gritar. Literalmente. Pam ya me había dicho que sólo se me subirían a la chepa si yo lo permitía, y que tenía que ser más selectiva con mis amistades. Estaba recibiendo consejos de salud emocional de una vampira.

—Eso hago —admití—. Mantenerme ocupada, quiero decir. Trabajo, sigo con mi compañera de piso de Nueva Orleans y mañana voy a una despedida de soltera. No por Jason y Crystal. Otras personas.

Pam hizo una pausa, apoyando su mano sobre el pomo de la puerta que daba al despacho de Eric. Juntó las cejas mientras meditaba sobre mis palabras.

—No recuerdo lo que es una despedida de soltera, aunque he oído hablar de ellas —meditó en voz alta. Se le iluminó la cara—. ¿Se despiden de sus amigos solteros? No, espera, estoy segura de haberlo oído antes. Una chica escribió a Abby que no había recibido ninguna nota de agradecimiento por un regalo que hizo en una despedida de solteros. ¿Se dan... regalos?

—Lo has pillado —contesté—. Una despedida es una fiesta que se da a alguien que está a punto de casarse. A veces es para la pareja, y ambos están presentes. Pero lo normal es que sólo se honre a la novia, y todas las asistentes sean mujeres. Cada una lleva un regalo. En teoría, esto es porque así la pareja podrá empezar su nueva vida con todo lo que necesita. Solemos hacer lo mismo cuando la pareja espera un bebé. Claro que entonces la fiesta es en honor al bebé.

—Una fiesta para el bebé —repitió Pam. Esbozó una sonrisa escalofriante. Bastaba con la mueca de su labio superior para ponerle los pelos de punta a cualquiera—. Me gusta la idea —dijo.

Llamó a la puerta del despacho y la abrió—. Eric —comentó—, ¡puede que algún día una de las camareras se quede embarazada y podamos ir a una fiesta en honor al bebé!

—Sería digno de verse —afirmó Eric, levantando su cabeza dorada de los papeles que había sobre el escritorio. El sheriff se dio cuenta de mi presencia, me propinó una dura mirada y decidió ignorarme. Eric y yo habíamos tenido nuestros problemas.

A pesar de que la habitación estaba llena de gente a la espera de su atención, Eric posó el bolígrafo y se levantó para estirar su magnífico cuerpo, puede que en mi honor. Como de costumbre, Eric iba con unos vaqueros ajustados y lucía una de sus camisetas del Fangtasia, negra con los estilizados colmillos blancos que utilizaba como marca comercial. La palabra «Fangtasia» estaba escrita con llamativos caracteres entre los puntos blancos, como el letrero luminoso del exterior. Si Eric se hubiera dado la vuelta, podría haberse leído en la espalda: «Un bar con mordisco». Pam me había regalado una cuando Fangtasia empezó a vender sus propios productos.

A Eric le sentaba de maravilla la camiseta, y yo no podía olvidar lo que había debajo.

Logré arrancar la mirada de Eric para pasearla por los alrededores. Había un montón de vampiros apiñados en el pequeño espacio, aunque tan quietos y silenciosos que una no se daba cuenta de su presencia hasta verlos. Clancy, el encargado del bar, apenas había logrado sobrevivir a la Guerra de los Brujos del año anterior, aunque no sin alguna secuela. Los brujos lo drenaron casi hasta el punto de no retorno. Cuando Eric lo descubrió rastreando su olor en el cementerio de Shreveport, Clancy estaba al borde de la muerte definitiva. Durante su prolongada convalecencia, el vampiro pelirrojo se había vuelto más amargado e irascible. Me sonrió, mostrándome los colmillos.

—Puedes sentarte en mi regazo, Sookie —dijo, dándose unas palmadas en los muslos.

Le devolví una sonrisa de trámite.

—No, gracias, Clancy —contesté educadamente. Los flirteos de Clancy siempre habían tenido filo, pero ahora resultaban cortantes a más no poder. Es uno de esos vampiros con los que preferiría no encontrarme a solas. A pesar de llevar el bar con suma eficiencia y de no haberme puesto encima un solo dedo, no dejaba de encenderme todas las alarmas. No soy capaz de leer la mente de los vampiros, razón por la cual me resulta refrescante estar con ellos, pero al notar esa distintiva sensación de alerta, no deseaba más que poder meterme en su cabeza para descubrir lo que se cocía en ella.

Felicia, la nueva barman, estaba sentada en el sofá, junto con Indira y Maxwell Lee. Era como una reunión de la Coalición del Arco Iris vampírica. Felicia era el producto de una feliz mezcla de razas, y casi medía 1,85, por lo que había bastante belleza que apreciar. Maxwell Lee era uno de los hombres de tez más oscura que había conocido. La pequeña Indira era hija de inmigrantes indios.

En la habitación había otras cuatro personas (digo «personas» por decir), y cada una de ellas me ponía nerviosa, aunque en grados diferentes.

Una de ellas era alguien que no contaba para mí. Tomando nota del código de los licántropos, lo trataba como a un miembro proscrito de la manada: renegaba de él. No pronunciaba su nombre, no le dirigía la palabra. No reconocía su existencia. Por supuesto, se trataba de mi ex, Bill Compton, ensimismado en un rincón de la habitación.

Apoyada en la pared junto a él estaba la vieja Thalia, que probablemente era más antigua que Eric. Era tan pequeña como Indira, y muy pálida, de pelo negro muy ondulado, y extremadamente grosera.

Para mi asombro, algunos humanos lo consideraban algo atractivo. De hecho, Thalia contaba con un buen puñado de seguidores que alucinaba cuando ésta empleaba su inglés afectado para decirles que se fueran a la mierda. Descubrí que incluso tenía una página web, creada y mantenida por sus fans. A saber. Pam

me dijo que cuando Eric aceptó que Thalia se quedase a vivir en Shreveport, resultó ser como tener un pit bull mal entrenado atado en el patio. A Pam no le gustaba la idea.

Todos aquellos ciudadanos no muertos vivían en la Zona Cinco. Para vivir y trabajar bajo la protección de Eric, todos le habían jurado pleitesía. Así, de ellos se esperaba que dedicasen parte de su tiempo a satisfacer sus necesidades, aunque no trabajasen en el bar. La población vampírica había aumentado ligeramente en Shreveport durante los últimos días, desde lo del huracán Katrina. Al igual que muchos humanos, tenían que ir a alguna parte. Eric aún no había decidido qué hacer con los refugiados no muertos, y no habían sido invitados a la reunión.

Aquella noche había dos visitantes en el Fangtasia, uno de los cuales superaba a Eric en rango.

Andre era el guardaespaldas personal de Sophie-Anne Leclercq, la reina de Luisiana. La reina era una de las evacuadas de Baton Rouge. Andre parecía muy joven, puede que unos dieciséis años; su piel era suave como la de un bebé y su cabello pálido y denso. Andre había pasado una larga existencia sirviendo a Sophie-Anne, su creadora y salvadora. Esa noche no llevaba su sable, ya que no ejercía como guardaespaldas, aunque yo estaba segura de que iba armado de alguna forma (ya fuese un cuchillo o una pistola). Andre era, de por sí, un arma letal, con o sin ayuda.

Justo cuando éste se disponía a decirme algo, una profunda voz manó de detrás de su silla.

—Hola, Sookie.

Era nuestro segundo visitante, Jake Purifoy. Me forcé a quedarme quieta, cuando cada una de mis neuronas me impelía a salir del despacho. Me estaba portando como una idiota. Si no me puse a gritar al ver a Andre, Jake no sería quien me descolocara. Me obligué a hacer un gesto con la cabeza hacia el joven de buen aspecto que aún parecía vivo, pero era consciente de que mi saludo era de todo menos natural. Me llenó con una terrible fusión de lástima y miedo.

Jake, licántropo de nacimiento, había sufrido el ataque de un vampiro que lo había desangrado hasta la muerte. En lo que probablemente fuera un gesto de piedad equivocado, mi prima Hadley (otra vampira) descubrió el cuerpo moribundo de Jake y lo convirtió para traerlo de vuelta. Esto podría considerarse como un gesto noble, pero al parecer nadie apreció la generosidad de Hadley... Ni siquiera el propio Jake. Nunca antes se había oído hablar de un licántropo convertido en vampiro: a los licántropos no les gustaban los vampiros y desconfiaban de ellos, y el sentimiento era prácticamente recíproco. El trance fue muy duro para Jake, que se encontró en una solitaria tierra de nadie. La reina le dio un lugar a su servicio, ya que nadie más dio un solo paso en ese sentido.

Jake, en su frenética sed de sangre, se abalanzó sobre mí como su primer aperitivo de vampiro. Como resultado, yo aún lucía una cicatriz roja en el brazo.

La noche se volvía maravillosa por momentos.

—Señorita Stackhouse —dijo Andre, levantándose de la segunda silla de invitados de Eric. Hizo una reverencia. Se trataba de amabilidad genuina, y me alegró un poco el alma.

—Señor Andre —contesté, devolviendo la inclinación. Andre extendió una mano para indicar educadamente el asiento que había dejado vacío, y dado que aquello resolvía el problema de dónde ponerme, acepté.

Clancy parecía disgustado. Como vampiro de menor rango, se esperaba que él me cediese su sitio. La acción de Andre lo resaltó como si le hubieran puesto encima una flecha de neón parpadeante. Me esforcé por reprimir una sonrisa.

—¿Cómo está su majestad? —pregunté, tratando de mostrarme tan cortés como Andre lo había sido. Decir que me gustaba Sophie-Anne hubiera sido una exageración, pero no cabía duda de que contaba con mi respeto.

—Ella es parte de la razón que me ha traído aquí esta noche —respondió—. ¿Podemos empezar ya, Eric?

Todos juntos y muertos

Supuse que aquello era una suave reprimenda por las tácticas que empleaba Eric para perder el tiempo. Pam se sentó en el suelo, junto a mi asiento.

—Sí, ya estamos todos. Adelante, Andre. Tienes la palabra —dijo Eric con una leve sonrisa y su particular terminología moderna. Se recostó en su sillón, extendiendo sus largas piernas sobre la esquina de su escritorio.

—Vuestra reina está viviendo en la casa del sheriff de la Zona Cuatro, en Baton Rouge —reveló Andre al pequeño grupo—. Gervaise ha sido de lo más amable brindándole su hospitalidad.

Pam arqueó una ceja hacia mí. Gervaise habría perdido la cabeza de no haberlo hecho.

—Pero permanecer en la casa de Gervaise no pasa de ser una solución temporal —prosiguió Andre—. Hemos ido varias veces a Nueva Orleans desde el desastre. A continuación os presento un informe del estado de nuestras propiedades.

Aunque nadie se movió, pude sentir cómo se aguzaba su atención.

—La sede de la reina ha perdido la mayor parte del tejado, por lo que se han producido importantes daños materiales en el primer piso y en la zona del ático. Además, parte de otro tejado ha caído en el edificio, causando destrozos, boquetes en las paredes y demás problemas del mismo estilo. Mientras secamos el interior, el techo sigue cubierto con un plástico azul. Una de las razones por las que he venido es para encontrar a un contratista que comience de inmediato con las labores de reconstrucción del tejado. Hasta el momento, no he tenido ninguna suerte al respecto, así que si alguno de vosotros tiene influencia en algún humano que se dedique a esto, necesito su ayuda. En el piso bajo se han producido muchos daños estéticos. Ha entrado algo de agua. Y también algunos saqueadores.

—Quizá la reina debería quedarse en Baton Rouge —dijo Clancy, maliciosamente—. Estoy seguro de que Gervaise estaría abrumado ante la feliz expectativa de ser su anfitrión permanente.

Estaba claro que Clancy era un idiota suicida.

—Una delegación de los líderes de Nueva Orleans ha visitado a la reina en Baton Rouge para pedirle que regrese a la ciudad —continuó Andre, omitiendo por completo los comentarios de Clancy—. Los líderes humanos creen que si los vampiros vuelven a Nueva Orleans, el turismo lo hará con ellos. —Clavó una gélida mirada en Eric—. Mientras tanto, la reina ha hablado con los otros cuatro sheriffs acerca del aspecto económico de la restauración de los edificios de Nueva Orleans.

Eric realizó una imperceptible inclinación de la cabeza. Era imposible decir lo que pensaba acerca de verse gravado por las reparaciones de la reina.

Nueva Orleans se había convertido en la meca de los vampiros y de todos aquellos que deseaban estar cerca de ellos desde que se demostrara que Anne Rice tenía razón acerca de su existencia. La ciudad era como la Disneylandia de los vampiros. Pero desde lo del Katrina, todo aquello se había ido al infierno, por supuesto, junto con la mayoría de las demás cosas. Incluso en Bon Temps se habían sentido los efectos de la tormenta. Nuestra pequeña ciudad seguía atestada con todos los que habían huido del sur.

—¿Qué hay de la finca de entretenimiento de la reina? —preguntó Eric. La reina había comprado un antiguo monasterio al borde del Garden District para entretener a un gran número de invitados, tanto vampiros como no vampiros. A pesar de estar rodeada por muros, la finca no gozaba de una fácil defensa (dado que era un edificio protegido como patrimonio histórico, las ventanas no podían modificarse para bloquearlas), y era impensable que la reina se fuera a vivir allí. Yo lo consideraba más bien el rancho donde celebraba sus fiestas.

—No ha sufrido muchos daños —admitió Andre—. También hubo saqueadores. Por supuesto, dejaron un rastro de su olor. —Los vampiros sólo se veían superados por los licántropos en cuanto a las habilidades de rastreo—. Uno de ellos le disparó al león.

Todos juntos y muertos

Lamenté aquello. En cierto modo, el león me caía bien.

—¿Necesitáis ayuda con las capturas? —preguntó Eric.

Andre arqueó una ceja.

—Sólo lo pregunto porque andáis mal de personal —dijo Eric.

—No, ya nos hemos encargado de ello —apuntó Andre, con la sombra de una sonrisa.

Preferí no pensar en los detalles.

—Aparte de lo del león y el pillaje, ¿cómo estaba la finca? —preguntó Eric, para devolver la conversación a su curso original.

—La reina puede quedarse allí mientras revise las demás propiedades —prosiguió Andre—, pero sólo durante una o dos noches, como mucho.

Todos asintieron levemente.

—Nuestra pérdida de personal —prosiguió Andre con su agenda. Todos los vampiros se tensaron un poco, incluso el novato de Jake—. Como sabéis, nuestras estimaciones iniciales se quedaron cortas. Supusimos que algunos reaparecerían después de la tormenta. Pero sólo han vuelto diez: cinco aquí, tres en Baton Rouge y dos en Monroe. Parece que hemos perdido a treinta de los nuestros sólo en Luisiana. Misisipi ha perdido al menos a diez.

Se produjeron murmullos y movimientos incómodos por toda la habitación al tiempo que los vampiros de Shreveport digerían las noticias. La concentración de vampiros, residentes y visitantes, había sido muy importante en Nueva Orleans. Si el Katrina hubiese visitado Tampa con la misma fuerza, el número de muertos y desaparecidos habría sido muy inferior.

Levanté una mano para hablar.

—¿Qué ha sido de Bubba? —pregunté después de que Andre me hiciera un gesto con la cabeza. No veía a Bubba desde el Katrina. Bubba no es de los que pasan desapercibidos. Cualquiera podría reconocerlo, al menos cualquiera con cierta edad. No

había muerto del todo en el suelo de ese cuarto de baño de Memphis. No del todo. Pero su cerebro había sido afectado antes de volver a la vida, y no se le daba muy bien eso de ser vampiro.

—Bubba está vivo —dijo Andre—. Se escondió en una cripta y sobrevivió a base de pequeños mamíferos. No está muy bien mentalmente, por lo que la reina lo ha enviado a Tennessee para que se quede un tiempo con la comunidad de Nashville.

—Andre me ha dado una lista de los desaparecidos —explicó Eric—. La colgaré después de la reunión.

También conocía a algunos de los guardias de la reina, así que me alegraría de saber cómo les había ido.

Tenía otra pregunta, así que volví a hacer una señal con la mano.

—¿Sí, Sookie? —preguntó Andre, clavando su vacía mirada en mí. No tardé en arrepentirme de haber pedido la palabra.

—¿Sabes lo que más me intriga? Me pregunto si alguno de los reyes o las reinas que iban a acudir a la cumbre, o comoquiera que la llaméis, tendrá un..., un hombre del tiempo o algo parecido en plantilla.

Una multitud de miradas en blanco convergió en mí, aunque Andre parecía interesado.

—Porque, mira, la cumbre, conferencia o como sea estaba prevista originalmente para finales de primavera. Pero no dejó de haber aplazamientos, ¿no? Y, de repente, llega Katrina. Si la cumbre se hubiera celebrado cuando estaba prevista originalmente, la reina habría quedado en una posición de fuerza. Habría contado con un gran fondo para la guerra y un montón de vampiros estremecidos, y quizá no habrían estado tan ansiosos por acusarla de la muerte del rey. Probablemente, la reina habría obtenido todo lo que hubiera pedido. Por el contrario, iré prácticamente en calidad de... —iba a decir «mendiga», pero me lo pensé dos veces al ver a Andre—, de alguien con mucho menos poder.

Temí que fueran a reírse en mi cara o a ridiculizarme, pero el silencio que siguió dio mucho que pensar.

Todos juntos y muertos

—Ésa es una de las cosas que tendrás que averiguar durante la cumbre —dijo Andre—. Ahora que me has dado la idea, me parece posible, por muy extraño que suene. ¿Eric?

—Sí, creo que puede ser —añadió Eric, mirándome—. A Sookie se le ocurren siempre ideas ingeniosas.

Pam me sonrió desde la altura de mi codo.

—¿Qué hay del pleito interpuesto por Jennifer Cater? —le preguntó Clancy a Andre. No había dejado de sentirse cada vez más incómodo en la silla que se había empeñado en monopolizar.

Podía oírse una mosca. No tenía la menor idea de lo que estaba hablando el vampiro pelirrojo, pero concluí que sería mejor averiguarlo escuchando la conversación antes que preguntando.

—Sigue en marcha —dijo Andre.

Pam suspiró.

—Jennifer Cater se estaba entrenando para convertirse en la lugarteniente de Peter Threadgill. Se encontraba en Arkansas, gestionando sus asuntos, cuando estalló el conflicto.

Asentí para indicar a Pam que le agradecía que me pusiera al día. A pesar de que los vampiros de Arkansas no habían tenido que pasar por un huracán, habían perdido un gran número de su gente frente al grupo de Luisiana.

Andre recuperó la palabra:

—La reina ha respondido al pleito testificando que tuvo que matar a Peter para salvar su propia vida. Por supuesto, ha ofrecido una indemnización al fondo común.

—¿Por qué no a Arkansas directamente? —le pregunté a Pam.

—Porque la reina considera que, dado que Peter está muerto, ella se queda con Arkansas, según las estipulaciones del contrato de matrimonio —murmuró Pam—. No va a indemnizarse a sí misma. Si Jennifer Cater gana el pleito, la reina no sólo perderá Arkansas, sino que tendrá que pagar una multa. Una gorda. Además de otro desagravio.

Andre empezó a pasear por la habitación sumido en el silencio, única indicación de que el asunto del que se hablaba no era de su agrado.

—¿Tenemos tanto dinero después del desastre? —preguntó Clancy. No era una pregunta muy inteligente por su parte.

—La reina tiene la esperanza de que el pleito no vaya a más —dijo Andre, volviendo a ignorar a Clancy. El permanente rostro adolescente de Andre era del todo inexpresivo—. Sin embargo, el tribunal está dispuesto a celebrar el juicio. Jennifer argumenta que la reina engañó a Threadgill para que acudiera a Nueva Orleans, lejos de su territorio, con la intención de asesinarle e ir a la guerra.

—Pero eso no fue lo que pasó —dije. Y Sophie-Anne no mató al rey. Yo presencié el momento. El vampiro que había detrás de mí justo en ese instante fue quien lo mató, y entonces me pareció justificado.

Sentí cómo los gélidos dedos de Andre me acariciaban el cuello. Cómo supe que eran sus dedos, no tenía la menor idea; pero el toque leve, el segundo de contacto, hicieron que cayera de repente en un hecho terrible: yo era la única testigo de la muerte del rey, además de Andre y la propia Sophie-Anne.

Nunca me había visto desde esa perspectiva, y juro que, por un momento, el corazón dejó de latirme. En esa fracción de segundo, aglutiné las miradas de la mitad de los vampiros que ocupaban la habitación. Los ojos de Eric se ensancharon mientras me miraba a la cara. Y entonces, el corazón reanudó sus latidos, y el momento pasó como si nunca hubiese existido. Pero la mano de Eric se crispó en el escritorio, y supe que él nunca olvidaría ese segundo, y que querría saber qué significó.

—Entonces ¿crees que se celebrará el juicio? —le preguntó Eric a Andre.

—Si la reina hubiese acudido a la cumbre como señora de Nueva Orleans, o de lo que era Nueva Orleans, creo que el tribunal habría negociado algún tipo de acuerdo entre Jennifer y la reina. Quizá algo en el sentido de ascender a Jennifer a una posición de

poder en la jerarquía de la reina y la obtención de una buena prima. Pero tal como están las cosas ahora... —Se produjo un prolongado silencio mientras cada uno completaba la frase a su manera. Nueva Orleans ya no era lo que era, y puede que nunca volviera a serlo. Sophie-Anne ahora no era más que un potencial cadáver político—. Ahora, dada la presencia de Jennifer, creo que el tribunal seguirá adelante —dijo Andre, antes de quedarse callado.

—Sabemos que las acusaciones no son ciertas —añadió una fría y diáfana voz desde un rincón. Hasta el momento, había conseguido omitir la presencia de mi ex, Bill. Pero no me salía con naturalidad—. Eric estaba allí. Yo estaba allí. Sookie estaba allí —prosiguió el vampiro (innombrable, me dije).

Y era verdad. La alegación de Jennifer Cater sobre que la reina había invitado al rey a su fiesta para matarlo era toda una farsa. El baño de sangre se desencadenó por la decapitación de uno de los hombres de la reina a manos de otro de Threadgill.

Eric sonrió ante el recuerdo. Disfrutó de la batalla.

—Di cuenta de aquel que lo empezó todo —recordó—. El rey hizo cuanto estuvo en su mano para pillar a la reina en una indiscreción, pero no lo consiguió, gracias a Sookie. Al no salirle bien la jugada, recurrió a un simple ataque frontal —continuó—. Hace veinte años que no veo a Jennifer. Ha ascendido rápidamente. Tiene que ser despiadada.

Andre se adelantó hasta quedar a mi derecha, dentro de mi campo visual, lo cual era todo un alivio. Asintió. De nuevo, todos los vampiros presentes realizaron algún que otro movimiento, no al unísono, pero escalofriantemente cerca. Pocas veces me había sentido tan extraña: era el único ser de sangre caliente en una habitación llena de criaturas muertas y reanimadas.

—Sí —dijo Andre—. Lo normal sería que la reina quisiera allí todo un contingente para apoyarla. Pero, dado que estamos obligados a ahorrar, hemos recortado las cifras. —Una vez más, Andre se acercó lo suficiente para tocarme, apenas un roce en mi mejilla.

La idea desencadenó una especie de revelación en miniatura: «Eso es lo que se siente al ser una persona normal». No tenía la menor idea de las intenciones o los planes de mis compañeros. Así vivía la gente normal cada uno de los días de su vida. Era aterrador, pero emocionante; como recorrer una habitación llena de gente con los ojos vendados. ¿Cómo aguantaba la gente normal el suspense del día a día?

—La reina quiere que esta mujer esté cerca de ella durante las reuniones, ya que acudirán otros humanos —prosiguió Andre. Hablaba sólo con Eric. El resto bien podríamos no haber estado en la habitación—. Quiere conocer sus pensamientos. Stan traerá a su telépata. ¿Lo conoces?

—Eh, que estoy aquí —murmuré. Nadie me prestó atención, salvo Pam, que me dedicó una luminosa sonrisa. Luego, con todos esos pares de fríos ojos clavados en mí, me di cuenta de que todo el mundo esperaba mi respuesta, que Andre se había dirigido a mí directamente. Estaba tan acostumbrada a que los vampiros hablasen de mí como si no estuviese delante que me pilló por sorpresa. Reproduje mentalmente las palabras de Andre, hasta que comprendí que me había formulado una pregunta.

—Sólo he conocido a un telépata en mi vida, y vivía en Dallas, por lo que deduzco que será el mismo; Barry el botones. Trabajaba en el hotel de vampiros de Dallas cuando me percaté de su... eh, don.

—¿Qué sabes de él?

—Es más joven que yo, y más débil, o al menos así era por aquel entonces. Nunca aceptó lo que era del mismo modo en que lo hice yo. —Me encogí de hombros. Era todo lo que sabía.

—Sookie estará allí —le dijo Eric a Andre—. Es la mejor en lo suyo.

Me halagaba, aunque no recordaba que Eric comentara que conocía a más de un telépata. También estaba un poco fastidiada, pues parecía colgarse las medallas por mi excelencia, en vez de dejármelas a mí.

Todos juntos y muertos

A pesar de tener ganas de ver algo fuera de mi pequeña ciudad, me sorprendí deseando hallar una forma de salir de ésta. Pero, meses atrás, ya me había comprometido a asistir a la cumbre vampírica en calidad de empleada de la reina. Y, durante el último mes, me había hecho mis largos turnos en el Merlotte's para acumular las horas suficientes como para que las demás camareras no tuvieran inconveniente en cubrirme durante una semana. Sam, mi jefe, me había ayudado a llevar un registro de las horas con una pequeña tabla.

—Clancy se quedará aquí para llevar el bar —dijo Eric.

—¿Puede ir la humana y yo me tengo que quedar? —protestó el encargado pelirrojo. No estaba nada satisfecho con la decisión de Eric—. Me perderé toda la diversión.

—Así es —continuó Eric, alegremente. Si Clancy tenía previsto decir algo negativo más, quedó abortado ante la mirada de su jefe—. Felicia se quedará para ayudarte. Bill, te quedas también.

—No —contestó con su tranquila y fría voz desde el rincón—. La reina me ha requerido. He trabajado mucho en la base de datos, y la reina me ha pedido que la lleve a la cumbre para ayudar a recuperar sus pérdidas.

Por un instante, Eric pareció una estatua, pero enseguida hizo un imperceptible movimiento con las cejas.

—Claro, me había olvidado de tus dotes con los ordenadores —dijo, como si hubiera dicho: «Se me había olvidado que sabes deletrear *gato*», dado el interés y el respeto que rezumaba—. En ese caso, supongo que tendrás que acompañarnos. ¿Maxwell?

—Me quedaré, si es lo que deseas —respondió Maxwell Lee, dispuesto a demostrar que sabía lo que era un buen secuaz. Miró en derredor para reforzar su argumento.

Eric asintió. Pensé que Maxwell recibiría un bonito juguete por Navidad, y Bill (huy, el innombrable), el carbón.

—Entonces, te quedarás. Y tú también, Thalia. Pero me tienes que prometer que te portarás bien en el bar. —El trabajo de

Thalia en el bar, que básicamente consistía en sentarse por ahí con aire misterioso y vampírico un par de noches a la semana, no siempre se desarrollaba sin incidentes.

Thalia, tan hosca y melancólica como siempre, hizo un gesto seco con la cabeza.

—No me apetecía ir de todos modos —murmuró. Sus redondos ojos negros no irradiaban más que desprecio por el mundo. Había visto demasiadas cosas en su larga existencia, y hacía muchos siglos que no se divertía, ésa era la impresión que me daba. Yo trataba de evitar a Thalia en todo lo que era posible. Me sorprendía el mero hecho de que perdiera su tiempo con los demás vampiros; a mí me parecía de las que van por libre en todo.

—No tiene ningún deseo de liderazgo —resopló Pam en mi oreja—. Sólo quiere que la dejen en paz. La echaron de Illinois porque fue demasiado agresiva después de la Gran Revelación. —La Gran Revelación era el término que empleaban los vampiros para referirse a la noche que salieron en las televisiones de todo el mundo para anunciar su existencia y expresar su deseo de salir de las sombras para unirse a los cauces sociales y económicos de la sociedad humana—. Eric deja que Thalia haga lo que quiera, siempre que siga las normas y se presente a tiempo para sus turnos en el bar —prosiguió Pam en un leve susurro. Eric era el señor de este pequeño mundo, y a nadie se le olvidaba—. Conoce el castigo por pasarse de la raya. A veces olvida lo poco que le gustaría ese castigo. Debería leer a Abby y sacar algunas ideas.

Si alguien no es capaz de extraer ninguna alegría de su vida, debería... oh, hacer algo por los demás, buscarse una nueva afición o algo parecido, ¿no? ¿No era ése el consejo habitual? Me imaginé a Thalia dispuesta a hacer el turno de noche en un hospicio, y me estremecí. La idea de verla haciendo punto con un par de agujas me inspiró otra clase de horror. Al demonio con la terapia.

—Entonces, los únicos que acudiremos a la cumbre seremos Andre, nuestra reina, Sookie, yo, Bill y Pam —dijo Eric—. Cataliades, el abogado, y su sobrina como mensajera. Oh, sí, Gervaise,

de la Cuatro, y su mujer humana, toda una concesión, ya que Gervaise ha acogido a la reina tan generosamente. Rasul como conductor. Y Sigebert, por supuesto. Ése será el grupo. Sé que algunos de vosotros os sentís decepcionados, y sólo puedo esperar que el año que viene sea mejor para Luisiana. Y para Arkansas, que ahora consideramos como parte de nuestro territorio.

—Creo que eso era todo lo que necesitábamos hablar con los presentes —añadió Andre. El resto de los temas que él y Eric tuvieran que discutir se zanjarían en privado. Andre no volvió a tocarme, lo cual estuvo bien. Me aterraba desde la coronilla hasta las uñas pintadas de los pies. Claro que no debía sentirme así con todos los presentes en la habitación. Si hubiera tenido más sentido común, me habría mudado a Wyoming, que contaba con la menor tasa de población vampírica (dos, a decir verdad, de los que salió un artículo en *American Vampire*). Había días que me sentía francamente tentada.

Saqué del bolso un pequeño bloc de notas cuando Eric anunció las fechas de salida y regreso, la hora de llegada del vuelo de Anubis procedente de Baton Rouge para recoger a la gente de Shreveport y unas cuantas anotaciones sobre la ropa que iba a necesitar. Con cierto abatimiento, me di cuenta de que tendría que volver a pedir cosas prestadas a las amigas. Pero Eric añadió:

—Sookie, no necesitarías nuevo vestuario si no fuese por el viaje. He llamado a tu amiga de la tienda de ropa y tienes crédito allí. Úsalo.

Sentí cómo se me encendían las mejillas. Me sentí como la prima pobre hasta que añadió:

—El personal tiene cuentas en un par de establecimientos de Shreveport, pero no sería conveniente para ti. —Relajé los hombros y deseé que estuviera diciendo la verdad. Ni un solo parpadeo de sus ojos me inspiró lo contrario—. Es posible que hayamos sufrido un desastre, pero no vamos a parecer pobres —dijo, cuidando de dedicarme sólo una fracción de su mirada.

«No parecer pobre», anoté.

—¿Está todo claro? Nuestra tarea en esta cumbre es apoyar a nuestra reina mientras trate de deshacerse de esos ridículos cargos, y que todo el mundo sepa que Luisiana sigue siendo un Estado prestigioso. Ninguno de los vampiros de Arkansas que vinieron a Luisiana con su rey han sobrevivido para contarlo.

—Sonrió Eric con una mueca nada tranquilizadora.

No supe aquello hasta esa noche.

Vaya, eso sí que era conveniente.